anteriormente referimos encerrado en estrecha y lóbrega prisión. Había nombrado D. Felipe para el desempeño de una de las Contadurías mayores de Castilla á su privado é íntimo consejero don Juan Manuel y en esta ocasión escribió muy encarecidamente á su suegro suplicándole que durante su ausencia gozase y usase de dicho cargo. También el Rey Católico había escrito á este siniestro personaje, después de concluída la concordia de Salamanca, que procurase con el Rey Archiduque el olvido de las cosas pasadas y que aquella se guardase por todos con entera lealtad y buena fe. En su consecuencia D. Juan contestó al rey D. Fernando abundando en los mismos deseos y sentimientos y rogándole que en los puntos que aún quedaban por declarar quisiese mostrar la bondad que de él se esperaba. Añadía asimismo con amargo consuelo que porque podría ser que hubiese pensado no había él sido tan buen tercero en las diferencias entre ellos habidas, á juzgar por el mal tratamiento que de S. A. había recibido en pago de sus servicios, que Dios era testigo de haber procurado la paz y unión entre ellos y el sosiego y bien de la patria; y que por sus trabajos pasados, presentes y futuros no pedía la menor recompensa, sino solamente por lo que antes de estos sucesos se había fatigado en su servicio.

III.

D. Felipe, después de haber ajustado por medio de sus embajadores paz y alianza con el Rey de Inglaterra, embarcóse en Zelanda con Doña Juana, seguido de más de 1.500 hombres de guerra, dándose la armada á la vela el 8 del mes de Enero de 1506, sin querer esperar la llegada de la primavera para efectuar su viaje á Castilla con mayor bonanza y seguridad. Tuvieron al principio de la navegación próspero tiempo, mas pasadas las costas de Bretaña é Inglaterra les sobrevino primeramente una gran calma, que hizo estar las naves casi sin moverse. Celebrado consejo, los más experimentados marinos manifestaron que tras estas calmas solían venir recias tormentas. Y en efecto,

aquella noche comenzó á soplar de improviso tan fuerte viento que esparció las naves de la armada á diversas partes, anegando muchas de ellas.

La capitana en que los Reyes Archiduques venían, pasó doblado peligro de fuego y agua, por haber estallado un pequeño incendio en la popa, y como los vientos eran tan impetuosos avivábanle mucho más, levantando grandes llamaradas. Por otra parte, el buque estaba en extremo inclinado á una de las bandas, medio sumergido por el fuerte oleaje. Desesperaban todos sus tripulantes de salvar la vida y de un momento á otro aguardaban el terrible instante de zozobrar del todo la nave é irse á fondo.

En tan apurados y angustiosos momentos salió un robusto marinero de debajo de cubierta, diciendo á grandes voces: «Ea, señores, aquí no hay necesidad de lágrimas sino de manos», y dando ejemplo se arrojó al mar, abrazóse con la vela que estaba caída y era la causa de mantenerse la nave acostada y medio zozobrada. Ayudáronle valerosamente otros marineros y entre todos lograron recoger la vela y meterla dentro, con lo cual la nave se enderezó. Conseguido esto, pudieron, mediante cierta industria, apagar el fuego, y libres ya de estos dos peligros, solo pensaron en evitar el de que la embarcación diese en alguna peña ó bajío donde se anegase; pero quiso Dios que el viento aflojase y viniesen á tomar el cabo de Merlans en Inglaterra, donde desembarcaron hasta esperar á que se juntasen los otros barcos de la armada ó saber adónde habían ido á parar; y abastecerse allí de las cosas más necesarias.

Perdiéronse algunas embarcaciones, viéndose obligadas las más á refugiarse en las costas de Inglaterra. La mayor parte de la armada que siguió á la nao capitana en que venían los Reyes, tomó puerto en la isla Weymanrich á 15 de Enero, y hallándose estos muy fatigados de la pasada tormenta, saltaron en tierra.

Son por todo extremo graciosos los siguientes detalles que acerca de esta borrasca refiere un códice de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (1):

«Cuando el Rey Don Felipe (dice) vino de Flandes á Castilla

(1) Sala 12, Est. 16, grada 3.ª, núm. 188.—Ms. de fines del siglo XVI.

con la reina Doña Juana, corrió gran tormenta en la mar; y viendose en tan gran peligro vistieron un cuero al Rey y hincharonlo y pusieronle en las espaldas una letra que dezia *El Rey Don Philipe;* y assi estaua delante de una imagen esperando cada hora ser perdido. La Reyna estaua sin temor alguno, y pidió que le traxessen un caxon para comer; y haziendo los caualleros y marineros diuersos votos dauan de lo que allí tenian para Nra. Señora de Guadalupe; y como llegassen á la Reina, abrió la bolsa en que tenia como cien ducados, y entre ellos tenia medio ducado, y anduvolo buscando entre ellos hasta que lo halló y lo dió, dando en esto á entender que no tenia temor y diziendo que nunca Rey murió ahogado. En esta tormenta unos vomitauan y otros se orinauan, y cayendo los orines sobre otro, dixo: «Perdonadme, señor, que voto á tal que de puro miedo me meo.» Hallose allí un Luis Daça, pariente del Daça obispo de Cordoua, y con el desatino de la tormenta pisó á otro, y como aquel se quexase, dixole: «Señor, no os quexeis, que juro á Dios que os pisa uno de los mejores hidalgos de Castilla.»

»En aquella tormenta se halló un caballero que se dezia Azeuedo, al qual rogaua muy ahincadamente uno que se dezia Loaysa que le diese una bofetada; y como el Azeuedo se escusase dello, él le importunaua diziendo que le hiciesse merced de darle una bofetada, porque más hauia padecido por él Iesuchristo, y al fin tanto le importunó que se la dió bien pagada; y como se la dió, dixole el Loaysa que le esperase otra, y dixo el Azeuedo: «No soy tan perfecto para recibirla»; y assí se disimuló.

»El mismo Loaysa viendose en la tempestad se comenzó á confesar con su paje, diciendo: «Señor Hernandico, bien sabeis que soy el más mal hombre del mundo y más mal christiano»; y como el paje comenzase á llorar, decíale: «Estad quedo, señor Hernandico; bien sabeis que yo he sido falsador de dados.» Y el mochacho tornaua á llorar; y dezíale: «Estad quedo, señor Hernandico, bien sabeis quantas mujeres he traydo á la puteria»; y por este estylo passó con su confession adelante» (1).

(1) En la *Collection des voyages des Souverains des Pays Bas* (tomo I), se refieren también curiosos detalles de esta tormenta. Después de decir que iban todos rezando

Serenados los ánimos de los navegantes, ordenó D. Felipe á su secretario Pedro de Anchemaut fuese á visitar de su parte al Rey de Inglaterra y le dijese que pues Dios había dispuesto que por efecto del temporal arribasen á su reino, deseaba verse con él antes de abandonarlo. Con esta nueva, que para aquel Príncipe no podía ser mejor en aquella ocasión, el Rey de Inglaterra se regocijó mucho y envió algunos nobles de su corte á que acompañasen á D. Felipe á Windsor donde él le aguardaba. Viéronse allí el último día de Enero, siendo acogido el Archiduque con grande aparato de alegría y fiestas. Pasados algunos días, fué también la reina Doña Juana á Windsor, pero solo se detuvo en esta localidad una noche, volviéndose á Falmouth, de que el Rey de Inglaterra recibió no poco descontento. Esforzóse mucho la princesa Doña Catalina por distraer y divertir á su hermana Doña Juana, consolándola, acompañándola y sirviéndola además cuanto podía, «aunque todo no la aprovechaba, porque la reina Doña Juana nunca placer quiso tomar, holgándose con la soledad y lugares obscuros» (1).

Pactóse entre los dos monarcas nueva y más estrecha confederación, incluyendo en ella también al Rey de Romanos; recibió

y lanzando exclamaciones de dolor temiendo una muerte próxima, añade el autor de la relación:

«En faisant ses doleances, assiz en une chayere, la Royne assize en bas entre ses deux jambes, esperant que, s'il faloit illecq fini, qu'elle mourroit aveq son mary et qu'elle se lyeroit tellement a luy que non plus qu'ilz n'avoient esté separez en leur vie, aussi ne seroient'ilz á leur mort...» (hasta que vieron tierra y reconocieron estar cerca de Inglaterra). El embajador de Venecia, Vicenzo Quirini, en despacho dirigido al Dux, desde Falmouth á 30 Enero 1506, refiriendo el peligro que corrieron D. Felipe y Doña Juana, con referencia á un caballero que el Rey acababa de enviar á aquel puerto, dice así después de describir la tormenta:

«La Maesta del Re per uno pezo se portó gagliardamente, sempre in zupone per nave, confortando ogni uno: ma vene una bota de mar ch'el getó abasso cum tanto impeto que ogni uno dubitó el fosse morto. Unde Sua Maesta se redusse da poi insieme cum la Rezina, che sempre mostró animo intrepido et cum alcuni suoi cari et amati zentilhomini, et abraciati uno cum l'altro stavano expetando continuamente la morte...»

(1) «Catharina, Joannæ Reginæ soror, ex primogenito Angli Regis vidua, sorori semper adstat, sororem amplectitur, solatur, comitatur. Joanna vero Regina blanditias abnuit universas, tenebris gaudet ac solitudine, fugit omne commercium. Varia sunt de succesibus murmura». (Pedro Mártyr, epíst. 300.)

D. Felipe la investidura de la orden de la Jarretierra y en trueque de ella recibió el Príncipe de Gales el collar del Toisón; se ratificó lo asentado en la concordia de Salamanca, de que el Rey de Inglaterra era uno de los guardadores, y juró D. Felipe que con todas sus fuerzas procuraría obtener la ratificación de la Reina su mujer y la enviaría á su suegro. Todo esto se declaró en Windsor á 9 de Febrero. Estuvieron en aquel castillo los Reyes quince dias más, disfrutando de pomposas fiestas, y de allí pasaron á Richmond, donde se repitieron otras no menos suntuosas. No eran del todo desinteresados estos obsequios del rey Enrique. Había pedido este á D. Felipe le entregase la persona del Duque de Sufolk, en quien habían recaído los derechos á la corona de Inglaterra, y huyendo de la encarnizada persecución del monarca de este Estado se había acogido al Duque de Gueldres para que le favoreciese. Cuando el Rey Archiduque conquistó aquel ducado se le entregó también el Duque de Sufolk á condición de que le salvase la vida, y así se lo prometió D. Felipe. Comprendiendo ahora este la intención con que el inglés le hacía semejante petición, rehusó cuanto pudo el entregárselo; más el rey Enrique insistía en ella constantemente y procuraba retenerle en su reino con buenas palabras y continuas fiestas, hasta que persuadido el Archiduque de que no le dejaría partir mientras no le satisficiese tan tenaz y cruel deseo, determinó de dárselo con juramento que le tomó, de que no le mataría ni le reduciría á prisión, sino que le trataría como á pariente mientras viviese.

De Richmond pasaron los reyes D. Enrique y D. Felipe á Londres. En esta capital entretuvo aquel á su huesped con maña y cautela hasta que recibió nueva de estar ya en poder de los suyos el infortunado Sufolk, con quien lejos de cumplir lo prometido á D. Felipe, le puso en la Torre de Londres, donde le retuvo prisionero todo el tiempo que reinó.

Cuando el Rey Católico supo en Salamanca á principios de Febrero la tormenta y peligros que sus hijos habían padecido y su arribada á Inglaterra, mostró recibir gran pena y luego dispuso que las mejores naves de los puertos de Vizcaya fuesen á aquel país para que les acompañasen. Partiendo de otra dirección se encaminó D. Francisco de Zúñiga, conde de Miranda,

con algunos barcos á Inglaterra y arribó á Falmouth, pero esta muestra de anhelo y buen deseo del Rey Católico produjo en el Archiduque y en los de su séquito mayor recelo. Todavía permaneció D. Felipe algun tiempo más en aquel reino so pretexto de esperar á que se juntase su flota, pero en realidad á fin de asegurarse más y más de la actitud del Rey Católico para con él á su llegada á la península. De Londres volvió el Archiduque á Windsor dejando concertado el matrimonio de la princesa Doña Margarita su hermana, viuda nuevamente del duque Filiberto de Saboya, con el Rey de Inglaterra; y de allí regresó á Falmouth donde estaba la reina Doña Juana. De todas estas confederaciones, tratos y promesas nada se cumplió, sino lo que más interesaba al Rey de Inglaterra, que era apoderarse del Duque de Sufolk.

Entretanto á 16 de Marzo de 1506 llegó á Dueñas la reina Doña Germana, donde la aguardaba su esposo el Rey Católico. Pasados dos días se velaron y entraron ostentosamente en Valladolid, en cuya ciudad se celebraron magníficas fiestas. Formaron por decirlo así parte de ellas el solemne juramento, que D. Fernando hizo ante los Embajadores del Rey de Francia, de guardar y cumplir los capítulos de paz ajustados entre ambos soberanos; y asimismo el pleitohomenaje que los Príncipes y Barones del reino de Sicilia hicieron al Rey y á la Reina como á sus verdaderos y legítimos Reyes: espectáculos ambos que no debieron dejar muy satisfechos á los parciales del Archiduque, así como D. Fernando no podía desechar en medio de tanta alegría el temor y recelo que le inspiraba la tardanza del Gran Capitán en cumplir su orden de regreso á Castilla, habiendo sido su constante deseo tenerle á su lado en la ceremonia de su casamiento y en el acto de recibir á D. Felipe.

Terminadas las fiestas y regocijos, el Rey Católico, acompañado de los Arzobispos de Toledo y de Sevilla, del Condestable y del Almirante de Castilla, del Duque de Alba, del Conde de Cifuentes, y de otros prelados, señores y caballeros, se fué á Burgos para encaminarse á recibir á sus hijos, en la creencia de que desembarcarían en Laredo ó en algún otro puerto próximo de aquella costa, habiendo avisado antes á todos los Grandes su

próxima llegada é invitádoles á que fueran á recibirlos «de paz é fiesta, como lo requiere caso de tanto placer y no de otra manera.»

Todavía aguardaron en Falmouth muchos días D. Felipe y Doña Juana en demanda de tiempo bonancible para su navegación. Al fin hízose á la vela toda la armada y con plena felicidad verificaron su viaje hasta las costas de España, sin querer parar en ninguno de los puertos de Vizcaya ni en Laredo, como se había publicado, sino en la Coruña, donde arribaron el 26 de Abril (1); y aun no pararan hasta Andalucía, si el buen tiempo les continuase, porque la intención del rey D. Felipe era entrar en el reino de Castilla lo más lejos que pudiese del sitio en que su suegro le aguardase, á fin de allegar servidores y más asegurarse: todo con propósito de romper la concordia establecida si se hallase con fuerzas y medios para ello. Indícanlo claramente el aviso que D. Felipe envió desde Inglaterra al Rey de Portugal noticiándole que pensaba desembarcar en Sevilla, y los preparativos que este monarca hizo para recibirle, con ánimo de granjearse su voluntad.

Traían, escribe Zurita, los que venían con el Rey Archiduque muy encubierto y disimulado el odio, pero no tanto que no se descubriese cuán indignados venían, y la gana que tenían de allanar todo embarazo para que les quedase libre el gobierno de aquellos reinos, y no dejasen, como decía D. Juan Manuel, padrastro ni maestro ninguno. Todos disimulaban por hallar la entrada pacífica, á fin de que estando ya en Castilla se pensase en el remedio; y como los Grandes y todo el reino se movían para ir á recibir al nuevo sucesor, se pensó que no hallándose presente el Rey, sería aquello torcedor para que dejase á sus hijos que gobernasen sus reinos y se contentaría con la parte que se le diese por no tener competencia con su yerno en la gobernación.

---

(1) Zurita dice que fué el 28, pero la carta del rey D. Felipe á su suegro participándole su arribo dice: «hoy domingo despues de mediodía entramos en este puerto de la Coruña yo é la Serenísima Reina... con toda nuestra armada.» Tiene este documento la fecha de 26 de Abril de 1506.

IV.

En cuanto los Reyes desembarcaron en la Coruña, lo primero que por indicación de D. Juan Manuel se dispuso fué enviar algunos caballeros á los Condes de Benavente, Lemos, Andrade, á D. Dionis de Portugal y otros nobles de Galicia para que se declarasen por servidores y parciales de D. Felipe, con determinación de no moverse de allí hasta ver la actitud de estos señores. Los regidores y pueblo de la Coruña recibieron á sus nuevos soberanos bajo palio, haciéndoles entusiastas demostraciones de alegría y todos juntos á pié se dirigieron al monasterio de Santo Domingo, donde los jóvenes monarcas se aposentaron. Sancho de Cota, en sus curiosos *Fragmentos*, refiere que los coros de las danzas cantaban en la Coruña al rey D. Felipe:

«Vossa e Castella,
Rey Don Felipe;
Vossa e Castella,
que non hay quien os la quite.
E á la nossa Reina,
Dios que la mantena,
facelde logar por do venna
semejantemente toda Castella.»

Con este mismo estribillo y con análogas demostraciones de júbilo fueron los nuevos Reyes recibidos igualmente en todas las poblaciones de Galicia.

El Conde de Andrade suplicó á SS. AA. le confirmasen sus privilegios, y aunque el rey D. Felipe le respondió graciosamente, la reina Doña Juana no quiso acceder, diciendo que otra vez se haría. Sobre esta negativa de la Reina hubo diversos juicios, atribuyéndola unos á concierto con su marido para disponer más libremente de aquel lugar ó entretener mejor al Conde de Benavente, que pretendia ser suyo; pero otros la atribuían al sentimiento que la Reina tuvo, porque no la recibieron á ella pri-